

**A** remol ¡A remol ¡Y en silencio!  
Potaje y yo nos deslizamos por las negras aguas de la ensenada de San Francisco. Hemos dejado atrás el muelle. Nos hallamos fuera del puerto de Vigo, en el que brillan millares de luces que reflejan las movibles opdas sobre los malecones y las carenas, y empujamos nuestra barquichuela en la sombra de las rocas, cuya configuración nos protege.

Ahora ya podemos avanzar, pues nada hay que temer de los ruidos reveladores. Pongo en marcha el motor y ¡taf, taf, taf, bogamos hacia las islas Cíes, confiando en Dios.

Este Potaje es, decididamente, el más precioso compañero de aventuras. Su ingenio no reconoce dificultades, y quizá acaba de salvarme del más cruel embarazo.

La devolución de mis cartas habíame sumido en sombría consternación. No sólo no habían sido llevadas a las islas Cíes, sino que no me cabía duda alguna de que el cartero especial del capitán Hyx había rehusado encargarse de ellas. Era indudable que para corresponder con las islas Cíes era necesario conocer «la manera», ciertos signos impuestos por el oculto alto mando del *asunto* y tan sólo conocidos por aquellas personas de las que pudiera necesi-

tar. Mi correspondencia, como la de muchos otros, era, sin duda, indeseable y la devolvían.

¿Qué hacer?

Al entrar en mi cuarto me encontré con una carta lacrada y sin sello, llega la allí por el milagro siempre renovado del espionaje alemán; no podía dudar de esto, y no dudé. Aquella carta, que no llevaba firma alguna, *dábame veinticuatro horas para abordar las islas Cíes y ver al capitán Hyx, el que, según afirmaban, se hallaba allí*; y en una postdata, estas palabras: «Inmediatamente de recibir una contestación escrita o verbal del capitán, la llevará usted sin perder momento al *castillo de la Coya*, en donde preguntará por Fritz Schultz.» (Así se hacía llamar allí Fritz von Harrahfeld.)

¡Ya sabía yo quién estaba detrás de Fritz y a quién le urgía la contestación del capitán!

Pero una vez más, ¿qué hacer? Si en las islas Cíes no estaban prevenidos de mi llegada, sería indudablemente recibido a tiros de fusil o de ametralladora, como lo había sido Gabriel.

Entonces fué cuando al verme Potaje en tan angustiosa vacilación, quiso que le comunicara la causa de mi preocupación, y me confié a él. Abordar en las islas Cíes a toda costa, pero desembarcar con vida: tal era el programa, que vistas las condiciones del viaje, que no le oculté, presentaba a mis ojos dificultades invencibles.

Oídas mis palabras, Potaje se marchó de mi lado, no sin ocultarme que mis lamentaciones le impedían reflexionar.

Una hora más tarde estaba de regreso, hallándome en el mismo sitio que me dejó. Estaba muy alegre. Siguiendo su costumbre, me tiró de las piernas, diciéndome que era necesario seguirle, *pues todo estaba arreglado*. Levantó hacia mí sus manos armadas de los patines, en señal de triunfo, y añadió:

—¡Pero no hay que perder ni un solo minuto!...

Nos precipitamos en el ascensor, saliendo a los pocos ins-

tantes a la calle. En el muelle me era difícil seguir a Potaje. Para hacerme ir más de prisa, daba vueltas a mi alrededor con su ruidosa carretilla. Un perro que va de caza con su amo no hubiera estado tan insoportable.

De tiempo en tiempo se dignaba concederme una pequeña explicación, y voy a decir lo que había tramado. Primero intentó alquilar una canoa para realizar el viaje, pero nadie quiso asumir la responsabilidad de conducir a unos viajeros a las islas Cies, porque era peligrosísimo, estando, por otra parte, prohibido.

En vista de ello, quiso Potaje comprar una embarcación, pero no halló ninguna en venta. Y en vista de que le era imposible alquilar ni comprar ninguna, se decidió a robarla, ¡y eso hizo! ¡Y qué canoa! ¡*La única embarcación que podía salvarnos!*... ¡*La del barquero de las islas Cies!*... El mismo a cuya puerta me mandó llamar el *midship* (1) semanas antes, cuando favorecía mi fuga de las islas Cies...

¿Por qué coincidencia estaba aquella noche esa barca en Vigo y qué azar condujo a Potaje hasta ella? Ya veréis qué sencillo es; pero, aun así, había que tener la imaginación y golpe de vista de Potaje...

Estaba Potaje en la puerta de la taberna de los marineros, en donde acababa de adquirir la triste certidumbre de que nadie se prestaría a conducirlo hasta las islas Cies, y contemplaba melancólicamente la rada, con la mirada dirigida vagamente hacia el horizonte, cuando de pronto fué ésta atraída por un haz luminoso de excepcional potencia que barría el mar a lo lejos, del lado de las islas Cies...

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Es el faro del monte Faro—le contestaron.

—¿Y qué es ese monte?

—Pues una de las islas Cies.

—¿Conoce usted al torrero de la isla Faro?

—Hay dos, que se relevan cada ocho días. Nadie los co-

(1) Aspirante a la marina, en Inglaterra.

noce, pues son nuevos y no hablan con nadie, viven retirados en sus casas como unos osos y deben observar una consigna que nada nos importa...—explicó uno de los marineros con viveza.

De no haber hecho Potaje reír a toda la concurrencia con sus graciosas salidas apenas entró en la taberna, era muy probable que no hubiera sido tan hablador su informante.

Por otra parte, no tenían razón alguna para desconfiar de él, puesto que, según les dijo, se había puesto a la disposición de unos turistas recién llegados a Vigo que deseaban visitar las islas Cies.

Para mejor ver Potaje el faro y el punto luminoso que sobre el horizonte proyectaba, se subió a la repisa de la chimenea de la taberna, que estaba precisamente frente a la puerta abierta.

Así colocado, según pretendía, parecía un objeto de arte, pudiendo pasar, en caso necesario, por una figura de reloj de chimenea de haberle puesto dos agujas en el ombligo. Decía mil cosas chuscas para hacerles reír, como hacen los lisiados y en general los seres que padecen de alguna mutilación, los que prefieren burlarse de sus miserias para ahorrarse la piedad de los corazones sensibles; pero en este caso perseguía Potaje un fin.

—De todas maneras—decía—, esos torreros no se relevan a *nado*...

—¡No, no!—le contestaron—. Cada ocho días viene el barquero a buscar al substituto y trae al otro... ¡Mira! Precisamente ahí viene...

Y el marinero señalaba a Potaje una barquichuela que acababa de doblar el espigón, yendo a atracar a una escalera del muelle, a cien metros de la taberna.

—Es la *Espuma*—le dijo—. Se la conoce fácilmente por las tres luces rojas de su trinquete, que le permiten navegar en aguas de las Cies... El barquero estará aquí dentro de cinco minutos...

En efecto, momentos después entraba en la taberna. Era un viejo que llevaba eternamente la tagarnina en la boca y a quien gustaba el ron de Jamaica, ¡pero nada hablador! Decía siempre que venía en busca de noticias, pero que él no traía ninguna...

No era de él de quien se sabía lo que pasaba en las islas Cies. También pudiera ser, según decían los marineros, que no supiera gran cosa. Pero Potaje tenía su plan. El barquero había dicho que regresaría con la marea y que todavía tenía que hacer algunos recados en la ciudad y que transcurriría una hora antes de que embarcara el torrero del Faro.

Era más tiempo del que necesitaba para ir a buscarme, meternos en la *Espuma*, bajar con cuidado las luces amarillas para no ser reconocidos en el momento de partir, levar anclas y doblar el espigón a remo.

Una vez en la ensenada de San Francisco, podíamos estar tranquilos. Tanto más cuanto que descubrimos que la *Espuma* estaba dotada de un motorcito automóvil (ahora recordaba que el *midship* me había hablado de él) y que podíamos confiar en llegar rápidamente a aguas de las Cies, en las que izariamos las tres luces amarillas, lo que nos permitiría abordar sin obstáculo. En la rada navegábamos con las luces ordinarias. Estaba visto que con aquel Potaje todo se arreglaba. Se había colocado a proa y su ardiente mirada escrutaba las tinieblas.

Eran éstas a veces opacas, iluminándose de pronto de bruscas claridades lunares, pues había nubes y viento, gruesas nubes que acudían del Oeste y que presagiaban una turbonada bastante fuerte.

Aunque casi teníamos viento contrario, gracias a nuestro motorcito y a algunas hábiles maniobras (practiqué en algún tiempo el canotaje en el Mosela), el *Espuma* no se portaba del todo mal.

Ibamos a doblar a nuestra izquierda la punta del Molino, detrás de la cual veíamos ya el faro del Brasileiro (más tar-

de jay de mil aprendí a dar un nombre a todos los rincones, a todos los promontorios y rocas de aquella maldita e infernal bahía durante la noche, entrada del Paraíso durante el día); como decía, pues, íbamos a doblar aquella punta. Estaba Potaje a proa y yo a popa, muy atentos a la maniobra, cuando a unas sesenta brazas (casi nos hubiéramos podido estrellar) surgió de las aguas, irguiéndose hacia el cielo, iluminado por la luna, una especie de fortaleza, oculta hasta entonces a nuestras miradas y que parecía haber salido de las profundidades marinas para vernos pasar.

Al verla me estremecí: de tal manera estaba lejos de esperar tal aparición... y, sin embargo, casi tenía la seguridad de que estábamos frente al castillo de la *Coya*, por las particularidades descritas por Dolores: un castillo avanzado por algunos lados en la bahía más adentro que las mismas rocas. Un trabajo de albañilería, formidable para la época, había levantado mucho más alto que las más altas mareas una especie de escollera circular, en cuyo centro habían practicado un hueco cerrado por una verja, al igual que una cárcel.

Aquella escollera en semicírculo, coronada de almenas y barbacanas, no todas en ruinas, forma como un puerto interior perteneciente al castillo, oculto en parte a las miradas profanas que pudieran venir del mar y totalmente invisible desde tierra.

Erame menos dable el dudar que estuviera frente al castillo de la *Coya*, cuanto que éste se hallaba en la misma extremidad de la ensenada conocida con el nombre de *Coya*.

En el extremo Oeste de la construcción, entre dos torres cuyos cimientos hundíanse directamente en el golfo, me pareció reconocer en el muro limitado a derecha e izquierda por las dos torres, la ventana desde la que arrojaron al mar a Dolores metida en un saco...

Sin embargo, podía tener dudas a este respecto, pues entre el antepecho y la ventana interponíase un espeso en-

rejado que parecía interceptar toda comunicación muy directa con el exterior...

Pero la luna se había ocultado y pasamos de largo, deslizándonos de nuevo sobre un mar de tinta.

Una vez dejada atrás la boya que indica los fondos rocosos, como a una milla marina del faro Brasileiro, comenzamos a ver de pronto ciertos fenómenos marinos, que tanto a Potaje como a mí nos parecieron inexplicables.

Hasta entonces, y desde que se ocultó la luna, mar y cielo confundíanse en una obscuridad que agujereaban aquí y allá, pero a gran distancia, las luces verdes y rojas de los raros buques que entraban o salían de la rada; pero he aquí *que por dentro del agua pasaron fulgores...*

Aquello no eran, no podían ser fosforescencias...

*Aquello pasaba dentro del agua, debajo de nosotros, como estrellas errantes, y, sin embargo, no podía ser un reflejo, puesto que no se veía ninguna estrella en el cielo.*

Eran como candelas romanas, muy pálidas, que trazaban extrañas curvas para apagarse luego instantáneamente. Es cierto que era aquello tan fugaz, que no era imposible que fuéramos víctimas de alguna ilusión óptica; en todo caso aquella ilusión era doble, puesto que Potaje y yo veíamos la misma cosa y ambos estábamos inclinados sobre la misma visión, por rápida e increíble que fuera. De tal manera, que cuando aquella inexplicable fantasmagoría submarina se hubo apagado, tanto a Potaje como a mí nos vino a los labios la misma pregunta: «¿Qué diablos es esto?» e instintivamente seguimos buscando en el fondo del mar, en la tierra lejana y arriba en el cielo, algo que fuera la realidad de lo que habíamos tomado por un reflejo. Pero nada encontramos, acabando por pensar que habíamos visto ambos visiones.

Un poco más lejos nos esperaba otra clase de sorpresa.

Habíamos puesto proa al Noroeste, orientados por la luz del monte Faro, y nos hallábamos casi en el centro de la inmensa bahía, en un lugar alejado de toda ruta marítima y

que no frecuentaban los grandes paquebotes que iban a fondear o proveerse de carbón, cuando en aquellas desiertas aguas *oímos lamentos...; sí, oíanse lamentos y suspiros en el mar.*

Potaje y yo empezábamos a estar seriamente intrigados por el misterio nocturno de la bahía de Vigo.

Jadeantes, nos inclinamos hacia donde provenían los suspiros, y para oírlos mejor *y también para no ser oídos*, detuve el motor, hicímonos a la vela, o mejor dicho, avanzamos apoyándonos en el foque.

Acabamos por entregarnos al vaivén de las olas... El viento aproximaba el rumor de los suspiros... De pronto oí a Potaje, que, vuelto a mí, murmuraba: «¡Cuidado!», señalándome con la mano una masa negra, una especie de chalana que estaba a unas cincuenta brazas *y que se iluminaba a intervalos por debajo*. Parecía flotar a intervalos sobre una capa luminosa, pero de una luz palidísima, una luz de ensueño que se encendía y apagaba *bajo* ella... *Sobre* la chalana no había más que tinieblas; era más negra que la obscuridad del cielo y sólo la veíamos sobre las aguas a causa de eso; pero debajo tenía de tiempo en tiempo aquella luminosa capa. Es fosforescencia... son fosforescencias—me repetía; pero no lo creía y había además aquellos suspiros, aquellos lamentos...

De pronto todo se quedó en silencio, se apagó todo, y nos pareció que la negra masa se desplazaba, *que venía, se deslizaba hacia nosotros*, que nos iba a aplastar, y huímos... huímos en las sombras a todo motor, al que había yo vuelto a poner en marcha.

Potaje no era más valiente que yo, pues me confesó que nunca había tenido tanto miedo, no sabía por qué, *pero que le gustaba aquello*. ¡Lo que precisamente le gustaba a Potaje de las aventuras era el sentir miedo!

—¡Qué mar y qué rada tan extravagantes! —decía—. ¿Qué nos pasará ahora?

Bien pronto lo iba a saber.

Nos aproximábamos a las islas Cíes y juzgué oportuno eñizar nuestras tres luces amarillas. No podíamos equivocarnos en el camino e seguir, pues el faro de la isla Faro nos guiaba maravillosamente. Dentro de breves instantes abordaría aquella punta de mí conocida, en la que el barquero tenía su cabaña y que precisamente se llamaba como la barca: *la Espuma*.

Una vez en tierra, ya me haría yo comprender y hacer que me condujeran ante la persona que me interesaba: lo esencial era hablar con alguien.

Pero desgraciadamente, y a pesar de mis tres luces, la conversación se entabló cuando aún no había pisado tierra.

Sin duda alguna, debí realizar algunas maniobras falsas, llamando la atención de algún centinela, pues se destacó una chalupa desde la que se nos interpeló en español:

—¡Ah de la canoa! ¿Quién sois?...

—¡Soy el barquero que regreso a la isla!—contesté también en español o casi.

—¿La contraseña?

No la tenía y me quedé callado. Al cabo de un momento balbucí:

—¡No tuve tiempo de enterarme de ella!

Oí reír en la oscuridad frente a mí.

—¡Largo—gritó la voz—si no quiere líos! ¡Baje usted esas luces amarillas y no vuelva a bromear, si no quiere ser denunciado a la Comandancia!

Al oír aquello me invadió una sorda cólera, y olvidando toda prudencia, grité:

—¡Cuestión de vida o muerte! ¡Quienquiera que seáis, os ordeno que me llevéis al capitán Hyx!...

—¡*Tu tía!*—contestó la voz—. Armad la ametralladora. ¡Qué demonio, la rada es bastante grande para que se pueda pasear todo el mundo sin necesidad de meterse en aguas prohibidas!

Viramos en redondo. La voz irónica seguía aconsejándonos dirigirnos hacia la Redonda (parte Oeste de la entrada

a la rada) si no queríamos prolongar una aventura que podría costarnos cara, y a decir verdad, la parte Sur de la bahía no nos había sido muy propicia para volvernos por ella.

Regresamos, pues, por el Norte. ¡Decididamente, ya estaba hartol Consideraba que había intentado lo imposible. Ya le contaría a Fritz, en cuanto pudiera, mi fracaso nocturno y los peligros corridos. ¡Aquellos individuos no podían desear mi muerte, pues puesto que me empleaban, es que tenían necesidad de mí! Con el fin mismo de seguir siéndoles útil, era mi deber el conservarme lo más entero posible. ¡Ya estudiaríamos juntos el medio de llegar al capitán Hyx por otros caminos!

Aquí llegaban mis reflexiones, rumiadas al bordear a lo largo la costa Norte, y ya me decidía a poner proa hacia la punta del Molino, cuando al pasar por en medio de la bahía de Limens nos ocurrió otra que tal... Oyéronse chasquidos secos, parecidos a latigazos; pero no lo eran, ¡ca! ¡De sobra conocíamos ya, y con la mayor exactitud, el ruido de la pólvora moderna cuando expulsa las balitas cónicas, silbantes y cantarinas! ¡Era, sencillamente, que disparaban sobre nosotros, pero desde el fondo de la bahía de Limens!

¿Creían que íbamos a abordar? Recordé las historias de Gabriel referentes a la bahía de Limens y a la de Baro, que se hallaba muy próxima, y me apresuré a poner proa al Sudoeste ¡y a qué velocidad!...

¡Taf! ¡taf! ¡taf! Aquel motor hacía demasiado ruido en aquella rada silenciosa, excesivamente silenciosa, pareciendo iluminarse singularmente y a intervalos en su fondo. ¡Rectos hacia Molino! Esta vez nos guía el faro de Brasileiro. ¡Pero ahí!... en el obscuro centro de la rada, dando precisamente frente a la punta de los Molinos... otro negro pontón... ¡otro pontón negro que solloza!

—¡Huyamos!, ¡huyamos, los lamentos del pontón negro! ¡Y paremos el motor y deslicémonos a remo por la negra superficie marina; pero en silencio, muy silenciosamente

¡Otro esfuerzo, Potaje! ¡Este Potaje maneja el remo como un atleta; nunca pude sospechar la fuerza que puede ocultarse en el brazo de un lisiado! Nos aproximamos ahora de nuevo a la bahía de la Coya. ¡Cuidado, cuidado con el castillo que avanza su proa mar adentro! ¡Y cuidado también con el peñasco de Ardan que se alza ante nosotros! ¡Deslicémonos entre esos dos monstruos con la mayor destreza posible!

¡Gran Dios! ¡Ahí están de nuevo las dos torres, y entre ellas la ventana enrejada! ¡Y en aquella ventana *la luna, descubriéndose, me muestra una mujer velada!*

¡La dama velada!

Debía esperármelo, puesto que Fritz, y seguramente von Treischke, están ahí y han debido traerse a la dama velada, que esta vez se halla prisionera, completamente prisionera en España.

¡Y sin duda alguna, en honor suyo, exclusivamente en su honor, han puesto barrotes de hierro a la trágica ventana de Dolores!

## XVII

## LA VENTANA ENREJADA

**B**AJA las luces... y mucho cuidado!... ¡Levanta tu remo!... ¡Ahora déjame a mí; confundamos nuestra sombra con la del peñasco de Ardan!

Ya estamos cogidos a la roca y miramos frente a nosotros, hacia arriba, a la dama velada en su ventana.

¡Parece que nos ha visto, pues se ha inclinado en el enrejado y mira hacia abajo! No cabe duda que nos mira y que intenta distinguirnos bien...

... ¡Y de pronto, me estremezco, pues he oído sollozar a esa mujer y pronunciar *mi nombre!*

¿Es posible?... ¡La dama velada llora y me llama!...

También mi compañero ha oído y me lo hace saber por señas... seguimos escuchando y de nuevo se oyen los suspiros y mi nombre: ¡Herbert!... ¡Ah! ¡Ya no cabe duda, ella es quien llora y a mí a quien llama!...

Potaje, sin decirme nada, hace avanzar lentamente, con el mayor cuidado, a la barca desde la roca de Ardan hasta las agujas próximas, y, de aguja en aguja, hemos adosados contra la gran torre del Oeste...

Hay allí, a algunos pies encima de nosotros, una enorme cornisa de la que debían colgar antaño torres de madera, destinadas a que los defensores pudieran batir el pie de la

muralla, o bien una especie de almenas, cuyos parapetos y troneras habían desaparecido con el tiempo, pero cuyo basamento, soportado por modillones, parecía aún muy sólido. Esta especie de fortificación exterior, reducida como dejo dicho, casi por entero al estado de cornisa, formaba un cinturón alrededor de la torre Oeste, prolongándose a lo largo del muro por un vestigio de escalera, como las que se construían en el pasado para unir los lienzos de murallas, hasta el balcón ventrudo de la famosa ventana, a la que prudentemente habían guarnecido de barrotes de hierro.

Antes de que comprendiera yo su proyecto, lanzó Potaje contra la cornisa un garfio hallado en la barca, y que sirve habitualmente para dirigir la maniobra en los bajos fondos, o para enganchar algún objeto para aproximarse o alejarse, según las necesidades de la navegación o aterrizaje.

Después de rogarme que sujetara lo más fuerte posible el palo del garfio, trepó por él con una agilidad sorprendente en un medio hombre, alcanzando casi en seguida la cornisa; subió la escalera en ruinas, arrastrándose hasta estar en el balcón.

—¡Espéremel ¡Voy a ver lo que de nosotros quiere la señora!—me había dicho, y, en efecto, al cabo de dos minutos estaba de regreso y desde lo alto de la cornisa me decía:

—¡La señora quiere hablar con usted! Tireme una cuerda.

Obedecí a Potaje dócilmente, lanzándole la cuerda que me pedía, la que ató con el mayor cuidado a una de las piedras del parapeto. Amarré la barca a un anillo de hierro de la muralla del castillo, reuniéndome valientemente con Potaje, el que murmuró a mi oído:

—¡Vaya usted sin cuidado, pues no hay peligro alguno! ¡La pobre está llorando como una Magdalena! ¡Lástima que no haya podido verle la cara; pero juraría que debe ser divino!... He observado los barrotes... ¡No creo necesario decirle que la sacaré de ahí, si ustedes lo desean! ¡Por la gloria

de mi madre que se la saco de ese calabozo! ¡Y no olvide usted, señorito, que soy un esclavo!

Cada vez que me trataba de señorito aquel buen Potaje, enternecía mi corazón, máxime cuando al mismo tiempo besaba mis pies, hallando las manos demasiado altas.

En aquella circunstancia, tuvo la virtud de infundirme valor, y siguiendo sus indicaciones, me puse a cuatro pies y rehice el camino hecho por él.

Hubiera sido una vergüenza para mí el no mostrarme por lo menos tan diestro como un lisiado, hallándome bien pronto en el interior del balcón. Estaba a cubierto de todas las miradas y tan sólo los barrotes me separaban de la *dama velada*...

De nuevo la tenía ante mí, siempre con los dedos en los labios para recomendarme constante prudencia. Había levantado ligeramente su velo, prueba evidente de su confianza en mí, y pude ver la desesperación reflejada en su rostro. Esperaba que me diera su mano a besar; pero se alejó de mí, y luego de dar una vuelta por la habitación que le servía de encierro, regresó de nuevo, deslizándose como una sombra, no haciendo más ruido que un fantasma...

—¡Herbert!—me dijo con voz aún empañada de lágrimas—. ¡Herbert, amigo mío, jamás olvidaré lo que hace por mí! ¡Le esperaba a usted! ¡Sabía que trabajaba usted por mí esta noche! Mi alma le acompañaba en la rada, mis miradas le buscaban... ¿Ha visto usted al capitán Hyx, Herbert?

—¡No, señora, no he visto al capitán Hyx! No vacilo en decir a usted que temo no poderle abordar por las islas Cies. Si tiene usted alguna influencia sobre su singular carcelero debía incitar a ese von Treischke a que me indicara otro camino...

—¡Desgraciado, no pronuncie ese nombre aquí!

—¡Sí, ya sé que no es ése el nombre que usa cuando viene a Vigo a realizar sus siniestras maquinaciones! Suponga

que he dicho von Kessel, ¿no es así como se hace llamar?, y dejemos de ocuparnos de ese miserable para no pensar más que en usted...

—¡Gracias, Herbert! Pero, ¡ay!, creo que su buena voluntad se estrellará de mi lado, como se ha estrellado del lado del capitán Hyx... Mi situación es tal, que no hallo más solución que mis lágrimas y mi desesperación...

—Señora—dije yo—, ya no está usted en un país en donde sus enemigos son todopoderosos, y, sin querer penetrar en el secreto que la tiene sujeta a una tan increíble dependencia, estimo que disponemos aquí de más recursos que en Renich o en el maldito submarino; la prueba está en que mientras allí parecía estar usted libre, la tienen aquí prisionera... ¡Dígame si estos barrotos han sido puestos para usted!

—¡Ay!, por quién, si no, iban a ponerlos...

—¿No le permiten salir de esta habitación?

—¡No me dejan dar ni un solo paso fuera de ella! ¡Ni uno!... y me han hecho jurar que no me asomaría a esta ventana sino velada...

—¿Sigue usted siendo, pues, para von Treischke un precioso rehén, hasta el día que se realice el cambio, no es verdad?

—Sí—confirmó ella bajando dolorosamente la cabeza y volviendo a llorar—, hasta el día que se realice el cambio...

—¿Y soy yo el encargado de las negociaciones, verdad? ¿Y de transmitir las condiciones del cambio, que se enumeran en la carta que me han confiado? ¿Por qué entonces, todo este misterio?... ¿Por qué no hablar ni obrar francamente conmigo? Y digo esto, tanto por usted como por ese von Treischke... ¿Qué esperaban ustedes de mi entrevista con el capitán Hyx?

—¡Nada, nada!—sollozó—. ¡Yo no esperaba nada, y sólo pensaba en usted para compadecerle!

—Sin embargo, ¿sí yo trajese a Amalia, cree usted que el von Kessel ese la dejaría a usted en libertad?

—¡Nunca! ¡Se lo digo en secreto, pero a usted, a usted solo!... ¡Nunca!... Cierto que lo prometería, pero no cumpliré su promesa... ¡Sólo usted sabe esto! ¡Jamás me pondrá en libertad!...

—Entonces lo que se debe hacer es que sea usted la primera en ir al lado del capitán Hyx...

—Ya supondrá usted que desde el momento que Kessel no me dejaría irme *después*, menos me dejaría *antes*... ¡No, no! Nuestra única esperanza, si puedo permitirme tener alguna, y precisamente a causa de esa esperanza le ha acompañado mi alma esta noche en la rada...

—¡Diga, diga!... ¡La escucho a usted!...

—Nuestra única esperanza, repito, es que engañe usted a mi marido, que le convenza usted de que si deja libre a Amalia mi carcelero me dejará marchar a mí... ¡Sería necesario que usted le persuadiese de eso! ¡De esta forma salvaría a Amalia, a quien usted ama!... Es la única forma... En caso necesario, empeñe usted su palabra de honor... ¿Comprende usted?...

—Lo que comprendo, señora, es que me pide jugar una partida terrible, pues si logro libertar a Amalia con mis promesas, mis juramentos y empeñando mi palabra de honor, y no la llevo a usted al capitán Hyx, ya no me queda más que encomendar mi alma a Dios...

—¡No!... puesto que le quedará a usted el recurso de hacerme evadir... ¡Y esta vez le seguiré a usted!... Esta es nuestra única esperanza...

—Hay una solución mucho más sencilla—le contesté con bastante frialdad, pues las proposiciones de la *dama velada* me habían ligeramente helado...—y es el hacerla evadir inmediatamente... antes de intentar la empresa imposible de sacar a Amalia del terrible submarino, sin garantías para el capitán Hyx... ¿Me seguiría usted si la hiciera evadir ahora?

Al oír mi pregunta se sobresaltó, juntó sus manos como para rezar y acabó por decirme en voz baja:



—¡Sí, le seguiré a usted... *le seguiré a usted donde sea, excepto al lado del capitán Hyx!*...

No pude reprimir un movimiento brusco, pues el enigma, en lugar de aclararse, se embrollaba de más en más, y tan adelantado estaba yo después de nuestra conversación en la ventana, como después de la que sostuvimos a bordo del submarino.

Pero la dama sollozaba:

—¡No intente comprender!... ¡No quiera usted comprender!... ¡Es demasiado horrible!...—me suplicaba.

Y la fueron abandonando sus fuerzas poco a poco, hasta verla caer ante mí como una cosa blanda, y seguí oyendo sus sollozos ahogados...

Al verla suplicarme no intenté comprender... y el espectáculo de aquella desesperación me trastornó de tal manera que resolví salvarla *sin comprender*... Después, ya veríamos..., pues cuando tuviera un rehén tal en mis manos me parecía que podría hablar alto y fuerte a unos y a otros y que sería el único en dominar la situación...

Pero no me juzguéis equivocadamente; soy una naturaleza muy poco calculadora, ¿por qué no decir la palabra?, muy poco egoísta, para que mi plan de salvar a la *dama velada* estuviera inspirado en un interés puramente personal. ¡No! ¡Nada de eso! Lo que me empujaba a acometer y poner inmediatamente mi plan en ejecución, era el deseo de salvar a todo el mundo y el hacerlos salir a todos, de la mejor manera, de aquella terrible aventura...

No hay que olvidar tampoco que tenía ante mí a una mujer que lloraba, y que nunca pude ver las lágrimas de la Belleza sin sentirme arrebatado y dispuesto a cumplir los actos más heroicos...

—Señora—le dije—, voy a intentar arrancarla a usted de sus carceleros. ¡Ruegue a Dios para que salgamos con bien!

Me puse de pie, y me sostenía con las manos cogidas a los mismos barrotes de la ventana, cuando sentí sobre ellas un beso de gratitud.

Me apresuré a reunirme con Potaje, a quien confié mi resolución. Al oírla manifestó una ruidosa alegría, lamentando amargamente el no haber tenido las herramientas necesarias para su trabajo.

—A partir de mañana por la noche—me dijo—, pondré manos a la obra; mientras tanto entréguele usted esta cuerda que quizá nos sea necesaria en el momento de su evasión, pues hay que desconfiar de la cornisa, que no es muy sólida y podrá ceder a nuestro peso. Hace un momento se ha desprendido una piedra y ha hecho más ruido del que hubiera yo deseado... ¡Cuidado! *Una desgracia no viene nunca sola* (1).

—Pero si le damos la cuerda, ¿cómo vamos a bajar nosotros?

—¡Oh! Yo me tiraré a la barca; en cuanto a usted, le alargaré el palo del garfio...

Pero preferí descender primero con ayuda de la cuerda y alargar luego el garfio a Potaje, después que éste hubo lanzado la cuerda al interior de la habitación de la *dama velada*, la que, según dijo Potaje, rogaba ya a Dios por nosotros y por ella y nos recomendaba la mayor prudencia.

(1) En español en el original.